

# EL IDEAL

## ILUSTRADO

Año I.

Madrid 9 de Abril de 1893

Núm. 9.º

### SUMARIO

La semana política, por Tristán.—Sonetos gastronómicos por L. Salvador.—Una visita á Beethoven, por Wagner.—Poesías de Llano y Persi y R. Caballero.—Los empresarios y los críticos, por Gautier.—Soneto de A. R. Chaves.—Español, por Palmerín de Oliva.—La liga, por B. Ferrer.—Ecos políticos.—Noticias.—Glorias fusionistas.—Homilia.—Charada.—Geroglífico.

### LA SEMANA POLÍTICA

Diputados que llegan.—La sesión preparatoria.—La apertura de las Cortes.—Patriotismo interesado.—Acta.

Empezó la semana con la aparición en las calles de Madrid de los representantes en Cortes, es decir, de los que, viviendo fuera de la capital de España, acuden á ella provistos de actas, anhelosos de fortuna, radiantes de felicidad por el ascenso, que les lleva desde el puesto de caciques provincianos al de quasi-personajes madrileños.

Las maldades de la política han sido más afortunados que la administración, se han descentralizado. Los caciques de aldeas también quieren mangonear en las alturas. No se me olvidará la frase de un politiquillo de un pueblo de la provincia de Sevilla el cual politiquillo contestando á los que le censuraban por sus deseos de subir de prisa, dijo: ¡También los de los pueblos tenemos estómago!

Debiera producir alegría ver á los representantes de las provincias acudir á las Cortes; debiera sí producir alegría si los representantes trajeran los sanos propósitos de favorecer al país. Pero son muy distintas sus aspiraciones. Vienen á *hacer carrera* y ayudar en sus negocios á los

amigos del distrito que allá están, nuevos señores de horca y cuchillo, disponiendo de la vida del honor y de la hacienda de los ciudadanos puestos bajo su jurisdicción.

¡Llegó el día ansiado! Se celebró la sesión preparatoria en las Cámaras, pero la opinión no se interesó poco ni mucho en los preparativos de algo que á la postre resultará tan esteril como todo lo que se realiza al amparo de la política actual; política positivista (en el sentido grosero de la palabra); batalla en la cual no se pelea por el amor á la gloria, sino por la codicia del botín.

La sesión de apertura revistió la solemnidad acostumbrada, y poco oportuna por cierto. Lucir galas y lujos la corte de un país que sufre grave crisis económica, es un sarcasmo que irrita. Ninguna emoción produjo la solemnidad de la apertura del Parlamento; nada interesó el mensaje, documento anodino, insulso, mal escrito, peor pensado y leído por la regente con voz imperceptible y con marcado acento extranjero.

Se esperaba el anuncio de la rebaja de la lista civil, pero quedaron defraudadas las esperanzas. Ahora los reyes no saben dar ejemplo á los pueblos; por lo mismo, los pueblos niegan su cariño á los reyes.

Cuando el país exhausto pide economías; cuando se da el último estrujón á los contribuyentes; cuando se deja sin pan á multitud de infelices empleados modestos, justo hubiera sido poner mano en los sueldos inmensos que cobran reyes, príncipes, infantes y altos personajes de la política. Los de arriba no quieren enterarse de lo

que sucede abajo. Por eso es seguro que muy pronto se volverá lo de abajo á arriba.

Un telegrama recibido el viernes en Madrid desde París, ha producido una explosión patriótica de los dinásticos. Se trata de un patriotismo de *double*; patriotismo que se invoca en defensa de un trono ocupado por persona que no nació en España.

Ruiz Zorrilla es uno de los patriotas más probados en este país, donde, justo es confesarlo, el amor á la madre común tiene culto general y ardiente. Ruiz Zorrilla, honrado, digno, consecuente, viril, ha sacrificado lo más florido de su vida á la defensa de ideales que es preciso infundir á España para que España se sacuda sus actuales tristezas.

Negar que la monarquía española aborrece á la República francesa, es negar algo evidente. Ligada la familia real nuestra, ó mejor dicho, la familia de los que reinan en nuestro país, al pretendiente de la Corona francesa, es naturalísimo que en palacio no se vean con buen talante las instituciones democráticas francesas. ¡Cómo han de ser neutrales para la República de Francia los parientes del conde de París!

De manera que el pseudo-patriotismo de algunos dinásticos, en esta ocasión no han producido ningún efecto. La monarquía y la Patria no tienen otras relaciones que las propias entre el árbol y la hiedra, que vive á expensas del tronco que la sostiene.

Empezó el análisis de las actas, y los republicanos, desde el primer momento, han mantenido su anunciada actitud rigorista. Pero á pesar de todo cuanto se haga, siempre pasarán como cosas legítimas muchas supercherías. Las elecciones son en estos tiempos, y dentro de nuestro país, una pura falsificación, por regla general. Se pidió que cada hombre fuese un voto, y en vez de eso resulta que cada cacique es dueño de un censo.

TRISTÁN.



## Sonetos gastronómicos

### UN GUISO EN UN SONETO

Se cortan las alondras con tijera para dejar pechuga y muslo á un lado, —el muslo, por arriba, deshuesado— junto á la piel que se conserva entera.

Se rayan jamón, trufas y ternera, y añadiendo la carne que ha sobrado, rellénase la piel, y un lienzo, atado, envuelve luego esta *carnal esfera*, que se pone á cocer á fuego lento en caldo muy sabroso hecho de intento; frías ya, se les quita la envoltura y la piel, y en el caldo se las baña —ya convertido en gelatina pura— que sirve luego al guiso de compañía.

### ESTÓMAGO AGRADECIDO

En el campo feliz revolotea la caza, el espejuelo que fascina, la trae á la ciudad la campesina y en el mercado un chico la vocea.

La criada la tienta y regatea, usted la monda y guisa en la cocina, y una tarde, y envuelta en gelatina, me la ofrece y con ella me recrea.

¡Oh, dulce alondra, celestial bocado, entre los primorosos excelente, dulce alondra con trufas y sin huevos! me tienes de tal modo fascinado, que casi no me atrevo á hincar el diente, y por gozarte más, te cómo á besos.

LUCIANO SALVADOR.

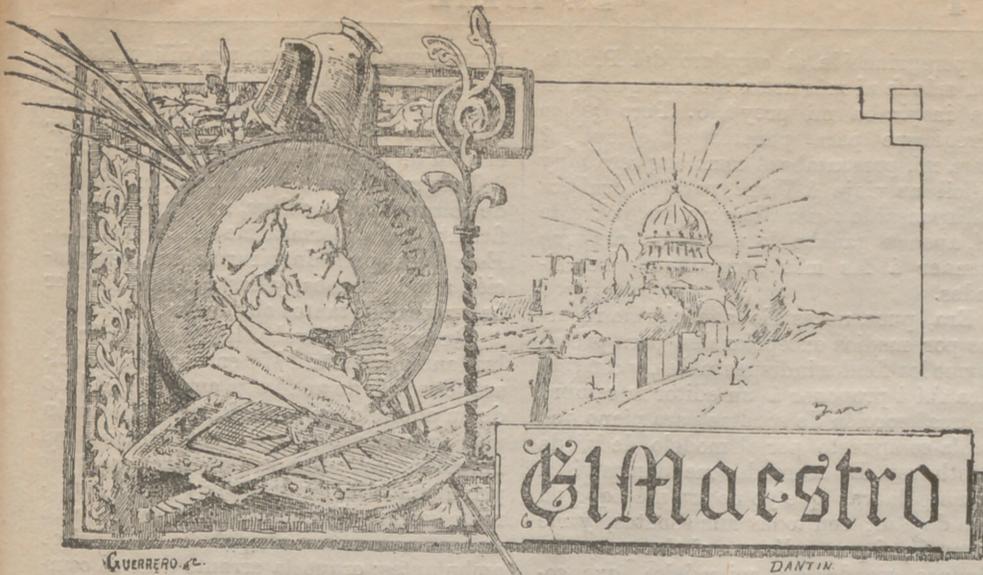
### A ELENA

Nací soberbio en miserable cuna; volé al combate y alcancé renombre: mi salvaje valor y mi fortuna me hicieron luego despreciar al hombre.

El ronco son de la batalla hirviente, el bosque solitario con su calma, ni un pensamiento levantó en la mente, ni un sentimiento despertó en el alma.

Tú, solamente Elena, vida mía tú, como Dios, que arranca con su mano aguas sin fin del pedernal que toca sacaste amor y sentimiento humano de este desierto corazón de roca.

A. L. DE A.



## Una visita á Beethoven

A tí, pobreza, cruel indigencia, compa-ñera inseparable del artista alemán, es á quien dirijo mi primera invocación, al consignar aquí estos sagrados recuerdos. Quiero celebrarte, mi fiel patrona, á tí, que me has seguido constantemente; á tí, cuyo brazo de acero me ha preservado de las vicisitudes de una fortuna seductora y me ha librado de los rayos enervantes de su esplendor, merced á la nube espesa y sombría con que has ocultado á mis miradas las locas vanidades de este mundo. Yo estoy reconocido á tu maternal solicitud; pero ¿no podrías en adelante practicarla en favor de un nuevo protegido? Siento que la curiosidad me aguija, y quisiera, aunque fuese solamente por un día, probar á vivir sin tu influjo. ¡Perdona, austera diosa, esta loca ambición! Pero tú lees en el fondo de mi alma y conoces la devoción sincera que tendré siempre por tu culto, aun cuando cesara de ser el objeto de tu predilección. Amén.

Por la adopción de esta plegaria cotidiana habréis conocido que soy músico, y que mi patria es Alemania. Vine al mundo en una villa de mediana importancia. Ignoro cuáles serían los propósitos de mis padres respecto á mi porvenir; recuerdo solamente que una tarde, después de oír una sinfonía de Beethoven, tuve un acceso de fiebre que me duró toda la noche, caí enfermo, y cuando me restablecí era músico.

Esta circunstancia explicará la preferencia que en lo sucesivo concedí á las obras de Beethoven: esa preciosa música que tantas veces he escuchado, era para mí una especie de cariño, una idolatría.

Mi mayor goce fué engolfarme en el estudio íntimo, profundo, de ese genio poderoso, hasta el punto que creí haberme identificado con él, hasta que mi espíritu, lleno de obligaciones cada vez más sublimes, parecióme que se convertía en una pequeña parte de aquel excepcional y maravilloso genio; hasta tal punto, en fin, que llegué al estado de exaltación, que muchas personas confunden con la locura.

Locura bien tolerable é inofensiva por cierto. Mis entusiasmos no me proporcionaban más que un trozo de pan bastante seco y una bebida de las peores, porque en Alemania no se enriquece nadie con el arte.

Después de haber maldecido de la suerte en mi buhardilla durante largo tiempo, acabé por pensar un día que el gran artista, objeto de mi profunda veneración, aún se contaba entre los vivos, y no pude menos de entristecerme de que no me hubiera pasado antes por la mente semejante idea. El hecho era que nunca, hasta entonces, había pensado en Beethoven bajo una forma humana parecida á la nuestra, y sujeto á las necesidades y los apetitos de la naturaleza. Y sin embargo, existía, viviendo en Viena y en una situación muy semejante á la mía.

Desde que lo supe no tuve un instante tranquilo; todos mis deseos, todos mis pensamientos tendían al mismo fin: ver á Beethoven. Ningún musulmán ha emprendido

la peregrinación al sepulcro del Profeta con más fe ni más ardor que los que á mí me inspiraba mi preyecto. Pero ¿cómo arreglarme para ponerle en ejecución? Para mí, presentábase como empresa muy difícil un viaje á Viena, para el cual era indispensable tener dinero; y yo, pobre de mí, apenas ganaba lo suficiente con que atender á las más apremiantes necesidades.

Era, pues, necesario agenciarme recursos por medios excepcionales para procurarme los fondos indispensables, y con esta idea fui á proponer á un editor la compra de una porción de sonatas para piano que había compuesto por el modelo de las de Beethoven. El mercader me demostró en pocas palabras que yo no era más que un loco de atar, con todas mis sonatas, y me aconsejó, si pretendía con el tiempo ganar algunos escudos con mi música, que comenzara por hacerme una modesta reputación, componiendo *galops* y *pot-pourris*.

Mi indignación no tuvo límites; pero el deseo apasionado que me embargaba por completo, acalló todos mis escrúpulos y me puse á componer *galops* y *pot-pourris*. Lo que hice fué abstenerme por completo ni de mirar siquiera las partituras de Beethoven, porque hubiera creído cometer una profanación vergonzosa si tal hiciera. Pero ¡ay de mí! que no gané nada con haber sacrificado de tal modo mi conciencia; el honrado editor me dijo que era indispensable sentar previamente los cimientos de mi fama con una ó dos publicaciones gratuitas. Por segunda vez quedé desconcertado, y me retiré con la desesperación en el alma. Pero aquel mismo exceso de furor y de rabia me fué propicio, porque compuse, influido por tal estado de ánimo, una porción de *galops* formidables, que al cabo me valieron algunas monedas, que me parecieron suficientes para ponerme en camino.

Entretanto, habían transcurrido dos años y temblaba solamente con la idea de que Beethoven hubiese muerto antes de haber fundado yo mi fama sobre el mérito de mis *galops* y de mis *pot-pourris*.

Pero gracias mil sean dadas á Dios que había preparado esta hora memorable para mí. ¡Oh, sagrado Beethoven, perdóname un renombre indigno, que busqué solamente para conquistar la dicha y la gloria de conocerte!

¡Qué alegría tan grande sentí al verme al cabo en disposición de realizar mi propósito! ¡Cuánto gocé haciendo los preparativos de marcha! Poseído de una noble emoción, salí por las puertas de la ciudad para dirigirme al Sur. De buena gana hu-

biera tomado asiento en una diligencia, no porque me asustara la fatiga de un viaje á pie (que pruebas mayores soportaría con gusto por ver mi deseo cumplido), sino por el afán de llegar así más de prisa á Viena.

Desgraciadamente, mi fama, en calidad de compositor de *galops*, no era todavía suficiente para permitirme tal comodidad. Esta idea pudo inspirarme una resignación á toda prueba, y hasta me felicité por haber vencido tantos obstáculos.

¡Qué repleta llevaba la imaginación de brillantes ensueños! Un enamorado, al volver, después de una larga ausencia, al lado de su adorada, no sentiría latir su corazón más dulcemente que yo. Así atravesé las hermosas campiñas de Bohemia, ese país privilegiado de los arpistas y de los cantores nómadas. En una aldea encontré una de esas numerosas compañías de músicos ambulantes; orquesta errante que, se componía de un violín, un contrabajo, un clarinete, una flauta y dos cornetines, sin contar á una arpista y dos cantantes que poseían buena voz. Por algunas monedas, ejecutaban cualquier baile ó cantaban alguna balada, y después partían para repetir en otros lugares la misma canción. Un día volví á encontrarles de nuevo en mi jornada; estaban acampados al abrigo de una arboleda que lindaba con el camino, y ocupados en consumir un almuerzo frugal. Me presenté á la reunión como un camarada del oficio, y bien pronto fuimos amigos. Procuré informarme tímidamente de si su repertorio de contradanzas contenía alguno de mis *galops*; pero á Dios gracias ni de nombre los conocían, y esta ignorancia me llenó de alegría.—Pero ¿tocáis también, les pregunté, alguna otra música diferente de esas contradanzas?

—Ciertamente, me respondieron; pero solamente entre nosotros y nunca delante de gente. Al mismo tiempo desarrollaron sus papeles de música, y mis primeras miradas cayeron sobre el gran septimino de Beethoven, y les pregunté sorprendido si era aquél uno de sus trozos favoritos. ¡Y tanto!—replicó el más anciano de ellos: si José no tuviese enferma una mano y pudiera llenar la parte de primer violón, ahora mismo nos daríamos el placer de ejecutarlo.—En un transporte de embriaguez artística, me apoderé vivamente del violón de José, ofreciendo mi buena voluntad para reemplazarle, y empezamos el septimino.

¡Qué sublime espectáculo, escuchar allí, al borde de uno de los caminos de Bohemia, esta magnífica obra, ejecutada por una banda de músicos ambulantes; con una pureza, una precisión y una profundidad de sentimientos tales, que son muy difi-

les de encontrar entre los más devotos aficionados! ¡Oh gran Beethoven! Fué un sacrificio digno de tu genio, y del que yo participé.

Habíamos llegado al final, cuando una elegante silla de postas, que no habíamos podido distinguir antes á causa de un recodo del camino, se paró silenciosamente en frente de nosotros. Un joven de talla sumamente elevada, y de un rubio no menos exagerado, recostado sobre los cojines, prestaba atención profunda á nuestros acordes; después sacó de su bolsillo una agenda para consignar algunas notas, y después de arrojarlos una moneda de oro, continuó su camino, dirigiendo á su criado algunas palabras en inglés.

Este acontecimiento nos distrajo un tanto: felizmente el septimino había acabado. Abracé á mis nuevos amigos, y me disponía á emprender con ellos el viaje, pero me dijeron que iban á tomar los caminos transversales para volver á su ciudad natal. Yo les hubiera acompañado de buena gana, á no haber sido mi viaje un voto tan solemne; pero al fin nos separamos, poseídos de una emoción recíproca. Pasado un buen rato, me acordé de que ninguno de nosotros había recogido la pieza de oro arrojada por el viajero inglés.

En la primera posada donde penetré para tomar un bocado, encontré á nuestro desconocido, instalado delante de un abundante almuerzo. Me examinó con curiosidad durante largo espacio de tiempo; y dirigiéndome al fin la palabra, me preguntó, en mal alemán, por el paradero de mis camaradas.—Han vuelto á sus casas, le contesté.—Entonces coged vuestro violón, me dijo, y tocad cualquier cosa; aquí tenéis dinero. Herido por su ofrecimiento, le respondí que yo no era un artista mercenario, y que además yo no tenía violón; y, finalmente, le referí mi encuentro con los músicos.—Son músicos excelentes, replicó el inglés, y dignos de la hermosa sinfonía de Beethoven.

Tocado en mi cuerda sensible, pregunté al inglés si era también músico.

—Sí, me contestó; toco la flauta dos veces por semana; los jueves toco la trompa de caza, y los domingos compongo.

¡He aquí, me dije, un tiempo bien empleado!

Nunca había oído hablar del modo de viajar de los artistas ingleses, y juzgaba que el que me ocupa debía realizar buenos negocios para poder recorrer países con un tren tan brillante.—¿Sois, pues, un músico de profesión—le dije. Después de hacerme esperar largo tiempo su respuesta, me contestó, recalcando sus palabras con

lentitud, que tenía mucho dinero. Comprendí en seguida mi torpeza, y me di cuenta de que le había chocado mi pregunta. Procuré disimular mi turbación guardando silencio, y terminé de prisa mi modesto almuerzo. El inglés, que continuaba observándome con atención, se acercó á mí y me dijo:—¿Conocéis á Beethoven?—Todavía no he estado en Viena, le contesté; pero precisamente ahora me dirijo allí, con el exclusivo objeto de satisfacer mi ardiente deseo de ver á ese ilustre maestro.—¿De dónde venís?—añadió.—De la villa de L...—¡Oh! Eso no está muy lejos; yo vengo de Inglaterra, y también con el único fin de conocer á Beethoven, y le visitaremos juntos. Es un gran compositor.

¡Qué agradable encuentro! me dije en mi interior. ¡Oh, mi ilustre maestro! ¡Qué peregrinos de naturaleza tan diversa atrae tu celebridad! Rico y pobre marchan á la vez por el mismo camino para venir á contemplarte.

RICARDO WAGNER.

(Se continuará.)

## DE MI LIBRO (INÉDITO) LOS CELAJES

La ambición, como Proteo,  
múltiples formas simula;  
cuando vuela, es mariposa,  
cuando se arrastra, es oruga.

Por el amor sublime  
que al bien exalta,  
la mujer se redime  
de toda falta.

Si es inmortal el espíritu,  
libre será y pensador;  
luego ¿concebir se puede  
sin libertad que haya Dios?

Porvenir es religión  
de mujeres y de viejos...  
¡Mirad quién ama á los niños  
y sufre y goza con ellos!

Achica el vacío  
objetos, ideas;  
y es que aquél tiene  
también su grandeza...  
Pues qué, ¿no moran en palacios grandes  
las almas pequeñas?

M. DE LLANO PERSI.

## LA CANTAORA

Sobre un tablero sencillo,  
 á manera de escenario  
 Paquilla la *cantaora*,  
 que es moza de mucho garbo,  
 está en la silla sentada,  
 al *tocaor* esperando.  
 Chaqueta negra de seda,  
 vestido de lana claro,  
 mantón de Manila caña  
 de cien colores bordado;  
 el moño de picaporte,  
 la bota de tacón alto,  
 un jardín en la cabeza  
 y un abanico en la mano.  
 Descótase por delante  
 el mantón que prende bajo,  
 y la recogida falda  
 deja ver algo y aun algos.  
 Está pensativa y triste;  
 y á pesar de los amaños  
 con que compuso su cara,  
 de carmín y rosa blanco,  
 se adivina en su semblante  
 pesadumbre y sobresalto;  
 mucha niéve en la mirada  
 y mucho fuego en los labios.  
 Y es que no viene su novio.

que, quizás, esté velando  
 porque es muñidor de oficio,  
 muñidor de lo que callo.  
 Y la Paquilla que está  
 deshecha por sus pedazos,  
 se come de la impaciencia  
 y se muere del quebranto.  
 Por fin el *tocaor* viene,  
 templa la guitarra un rato,  
 y Paquilla se levanta  
 para comenzar el canto.  
 Sonríe á la reunión  
 á la que mira con daño,  
 palmotea con donaire  
 y lanza ¡olé! prolongados.  
 Y á cuchufletas del uno,  
 y al otro que la dá el vaso,  
 y al que la pide una flor  
 y al que la ofrece un cigarro,  
 á todos contesta amable  
 con la vista, con las manos,  
 con dulzuras de su boca,  
 con sonrisas de sus labios.  
 Y como la ven alegre,  
 nadie imagina que acaso,  
 mientras sonrío por fuera  
 está por dentro llorando.

RAMÓN CABALLERO.



LAS HIJAS DE LOT



## LOS EMPRESARIOS Y LOS CRÍTICOS

POR TEÓFILO GAUTIER



Parece ser que los empresarios han concebido una idea para evitar que los críticos asistan á los estrenos. Es una idea delicada, cuya realización les agradeceremos infinitamente. Hasta hoy, el crítico de teatros era una especie de piedra de toque, sobre la cual se probaban las obras antes de ofrecerlas á los espectadores paganos. Nosotros desempeñábamos un empleo semejante á los coperos de la Edad Media, obligados á probar todos los brebajes ofrecidos al soberano.

Cuando la bebida era un veneno ó algún licor adulterado, el público, advertido por nuestras muecas y nuestros cólicos, apartaba la copa de sus labios, evitando así el desagradable sabor que dejan una sosa comedia ó un melodrama sanguinolento. Los estrenos han sido escamoteados, desde luego, bajo el título de *representaciones á beneficio*; no es difícil adivinar la intención bajo este pretexto fútil y transparente, porque en realidad se da la representación con provecho de la Empresa. Más tarde se ha escogido para esta clase de funciones el domingo, día de entrada segura; porque los burgueses hartos, de carne y de ensalada, no dejan terminar el día de fiesta sin ir á escuchar los murmullos de la comedia ó los rugidos del melodrama. Es el domingo, además, el único día en que trabajan los críticos, al revés de

Dios, que descansó al fin de la semana. Esta diferencia, sin duda, no es la única que existe entre el Creador y los críticos; pero es la sola que ha sido tenida en cuenta por los empresarios. Las comedias pasan así, aunque sean medianas, sin llamar la atención, ahórranse palcos y evítase la crítica: este procedimiento, ciertamente no es del todo desdichado.

No falta quien aplique una tercera fórmula, que se reduce á no enviar localidades á los periódicos más que para la tercera ó cuarta representación, cuando los cortes aconsejados por el aburrimiento y la desaprobación del público descargaron algo las obras que, á pesar de semejante recurso, no ganan gran cosa: paréceme un triste medio para hermosear á las gentes, cortarles la nariz ó las orejas: por serrar una pierna demasiado larga, no se la embellece.

Otras veces, los empresarios, resueltos á evitar los críticos, se convienen para estrenar en todos los teatros á la vez, un sábado, por ejemplo. El crítico más concienzudo del mundo no puede asistir á catorce representaciones en una noche. En tales casos, los críticos incipientes no tienen precio; si éstos no son bastantes, procúrase persuadir para que ocupen una plaza de crítico á personas muy serias, aunque nada literarias. En una de estas circunstancias difíciles, habiendo mandado á los teatros cuantos amigos teníamos, sólo quedaba disponible una especie de bandido negro llamado Francisco Abdallah, que nos limpiaba las botas y nos cepillaba el traje. Acosados por la necesidad, enviámosle al estreno de un dramón, y al referir el argumento al día siguiente, decía que se trataba de un señor á quien quisieron matar desde el principio, y que sólo al cabo de dos horas fué víctima. Extrañábase de la lentitud empleada en esta operación y sostenía que la obra fuera mucho más hermosa estrangulando al personaje al principio. Hubiera deseado que los actores fuesen de

mayor tamaño, y esta idea respondía á un error, pues habiéndose llevado mis gemelos para echárselas de elegante, miró toda la noche con los cristales invertidos. Después de analizarlo todo, aseguraba que prefería ver propinar una paliza en las plantas de los pies, como se hace en El Cairo, que ir á ver dramones. Tal era su convicción, que casi compartimos con aquel salvaje, al cual pareció demasiado rudo el servicio literario (en realidad, se necesita la paciencia de un blanco para resistir el trabajo de la crítica), y después de apreciar otro estreno, huyó.

Insistiendo en las referencias que hicimos hablando de los empresarios, diremos que éstos yerran cuando suponen á los críticos interviniendo en el fracaso de las obras. Sucede con frecuencia que un revisor, luchando con el asunto pesado y estoposo de una crónica, le añade por su cuenta varias invenciones agradables para disfrazar la pobreza del estopillón sobre que borda. Muchas obras fueron creadas por sus críticos, y no hay uno sólo de éstos que no haya *inventado* tres ó cuatro actores, una cantatriz y once músicos. Los periodistas, á los cuales hoy se acusa de ser envidiosos, por el contrario, son las personas más bonancibles de todo el mundo. Ponen al servicio de cualquiera su ingenio, su tiempo y su diligencia; están ocupados constantemente de los asuntos de los demás, y nunca de los propios. Con el menor pretexto de fama vocal ó instrumental, por la lluvia, por la nieve, por la helada, por la tempestad, corren buscando noticias con zuecos ó con paraguas, en tilburi ó en carretela, según su opulencia respectiva, por los barrios más lejanos y extravagantes. A cada minuto se les interrumpe, molestándolos en medio de sus ensueños, de sus dichas ó de sus penas. Este les presenta su cuadro, aquél su tragedia en cinco actos y en verso; cuál toca en su presencia una piecica, valiéndose nada más de la cuarta cuerda; otro la repite sin valerle de cuerda alguna.

«Caballero, yo soy un gran hombre,» gritan algunos rodeándole. «Caballero, yo soy un gran hombre,» gritan otros opriéndole. Es la voz general. ¿Hay alguien que no sea grande hombre hoy? ¿Quién deja de *sentirse prodigio* en algún concepto? Y el periodista escucha todo esto sonriendo, y recibe la confesión de todo amor propio herido. A él se le dice misteriosamente: «tengan la bondad, para darme gusto, de *reventar* á la señorita X, diciéndole que está flaca, que lleva los dientes postizos, y que desafina», ó cualquiera otra galantería dramática, porque siempre se le considera

más esquivo para el elogio que para la censura.

Diciendo que la señora Z es hermosa, la dejaría satisfecha, pero de veras agradecida si añadiera que A\*\* no tiene ningún talento. El cronista, hombre bonachón si los hay, asegura en su artículo que Z y A\*\* son igualmente bellas, y este rasgo bondadoso hace que una y otra le vean como enemigo, y le declaren comprado por la rival.

Entre un diluvio de apreciaciones, que se convierten para los cómicos en aplausos, al cronista no le queda tiempo de consagrar cuatro líneas á la obra de un amigo, ni á los estudios que le deleitan. La obra que debiera darle gloria permanece sin terminar, y cubierta de polvo dentro de un cajón. Mientras revolotean sobre la mesa cien cuartillas llenas de garabatos y producidas con afán para conseguir la fortuna de histriones y danzantes, el periodista corona con su trabajo á muchos reyes, y no es nunca rey.

Para la mayoría de las gentes, un crítico es un ser amarillento y desencajado que se alimenta con hieles y cubre su cuerpo con malla de vivoras entrelazadas y que no deja de ladrar, deseando siempre morder en todas las reputaciones que se forman.

Sin embargo, somos en general hombres gruesos y campechanos; las glorias ajenas nunca nos irritan, puesto que voluntariamente contribuimos á fomentarlas. Así, pues, los empresarios yerran cuando procuran evitar la crítica, porque la crítica no es más que un reclamo hecho de balde, y en extremo productivo para los autores y las empresas.

TEÓFILO GAUTIER.

## Servir al rey

SONETO

En Trípoli, en Ostende y en Bujía,  
al hugonote, al turco, al luterano,  
combatió con esfuerzo sobrehumano  
y venció con denuedo y bizarría.  
Quince años luchó día por día  
de igual modo en invierno que en verano,  
en Maestrick dejó un ojo y una mano  
y una pierna perdió en Fuenterrabía.  
Por todo lucro obtuvo una ventaja,  
que cobró tarde y mal, y hoy de lisiado  
pide limosna porque no trabaja.  
—¡Gran premio da la patria al buen soldado!  
—¿La patria? Quien dijera tal la ultraja.  
Él sólo sirvió al rey... y así ha medrado.

ANGEL R. CHAVES.



## HACER MAL POR QUERER BIEN

EPISODIO PATRIÓTICO EN TRES ACTOS Y UN EPILOGO

Creo firmemente—siguiendo la opinión de un gran escritor contemporáneo—que el patriotismo de una obra dramática, ante todo consiste en que la obra sea buena; que no han de confundirse los entusiasmos del poeta con los del soldado, y que una creación artística, original y poderosa, puede glorificar á su patria más que cien combates, haciéndola vivir eternamente por las admiraciones de que sea objeto.

Después de afirmar esto, aspiro á que nadie me juzgue *sospechoso*; ni los gritos de *patriotería*, nacional ensordecen mis oídos, llegando al alma como arranques de pasión dramática, ni la bandera española bastará para cubrir á mis ojos las deficiencias, cuando se trate de una obra de arte.

Los públicos de todos los países, en todos tiempos dejáronse fácilmente seducir por las arengas *patrioterescas* habilmente preparadas para herir en el corazón la fibra del espíritu nacional, pero sin duda los españoles, de sobra sensatos y de sobra fríos, renunciamos por completo á estos entusiasmos, á veces dañosos, pero muchas felices y que siempre indican la existencia de un sentimiento fuerte, vida intensa de la nación que hace de todos los ciudadanos una sola familia, de la patria una madre y de la historia el más interesante conocimiento.

Aquí por lo visto, no queda ya nada ó muy poco de todo eso, es más, aparte del espíritu de patria, limitado tal vez y hasta mezquino para las elevadas imaginaciones divertidas en un cosmopolitismo absoluto, no se descubre ni en las altas ni en las bajas esferas, ese otro sentimiento general, que haciéndonos olvidar la pequeña familia en cuyo centro y á cuyo calor nos formamos, lanza nuestros espíritus en pos de las grandes ideas y únelos por el arte sublime, sin distinción de razas ni fronteras, en el absoluto, de la familia humana.

Si en el drama estrenado anoche hubiérase tratado—como en otras obras acontecidas—de mover el espíritu popular, á fuerza de sonajas, tiroteos y gritos incoherentes, la frialdad hubiera sido una respuesta digna, ya no contra el patriotismo, pero sí contra quien lo tomara en lenguas para realizar una especulación; pero por ventura, la obra de D. Eugenio Sellés, impregnada por el espíritu nacional que la fortalece, representa las condiciones indispensables de labor intelectual y artística. Es una planta que tiene sus raíces en el arte y absorbe con sus hojas las emanaciones sutiles de un ambiente patriótico.

El arte y el patriotismo la fortalecen de igual modo que á los vegetales la tierra y el aire.

Son estas dos condiciones de vida sobradas para formarle una existencia larga.

D. Eugenio Sellés ha inventado un drama de pasión amorosa desarrollándolo en el seno de la magnífica tragedia nacional. Tres personajes desarrollan aquél, mientras ésta les envuelve, oprimiéndolos y arrastrándolos y hasta provocan la catástrofe. El episodio no es un dibujo al que sirve de marco la historia, sino que historia y episodio se confunden á cada momento, no pudiendo sin aquélla existir éste, pues en la tragedia se determinan las situaciones del drama.

El odio al enemigo, que todo el pueblo proclama, llegó también á proclamarlo don Martín en el reducido mundo de su amor. Franceses y españoles pelean en el campo; franceses y españoles luchan en la pasión desventurada; teme traiciones del francés el pueblo y teme D. Martín asechanzas de su francesa.

Y uno y otro llegan al exterminio de su contrario, aquél por amor patrio y ésta por amor propio. Aquél lava con sangre su tierra humillada, éste lava con sangre su honra escarnecida; pero con el triunfo, el drama grande y *real* del pueblo acaba en gloria, y con la venganza, el drama fingido de D. Martín acaba en martirio y muerte.

Acaso hubiera sido mejor que ambos dramas, paralelos en su desarrollo, fuesen iguales en su realidad; que la francesa fuese francesa, que su amante viviera para matar á D. Martín, después de robar su dicha, que Román fuese valiente, cariñoso y humilde, sin llegar á visionario.

Pero Sellés temía, sin duda vulgarizar su obra, dándole una expresión tan sencilla, y se propuso desarrollar un concepto sublime de la pasión celosa, que funde en la más leve sospecha una montaña de odios y un mundo de sombras.

Este drama, que pudiera llamarse fantástico, tiene invencibles dificultades para ser llevado á escena, no porque le falte *verdad*, sino porque desarrollándose dentro de dos cerebros exaltados, carece de la *realidad* plástica insustituible, según parece, cuando de creaciones de tal índole se trata.

Sin pretender ni remotamente comparar, analizándolas tan á la ligera, esta obra y la que sintetiza los celos en el teatro: «El moro de Venecia» indicaré, para que mis lectores amplíen el pensamiento, que *Shakespeare*, proponiéndose que interesen los temores de Othelo, *realizarlos*, encargando á Yago de tejer la obra, y valiéndose de Casio y del famoso pañuelo para que la ficción se presente al celoso como una *realidad concreta*. El dramaturgo teme, y con

razón que los furores del moro no sean comprendidos y trata de disculparlos, amontonando razones en que fundan sospechas. Aun cuando el exaltado carácter de Othelo dista mucho del generalmente apacible de los espectadores, tienen, sin embargo, éstos, ocasión para considerar la justicia de aquella venganza amorosa, y hasta se pueden suponer capaces de las mismas fascinaciones en parecidas circunstancias.

He dicho ya, y estoy dispuesto á probarlo, que las infundadas sospechas de don Martín, infundadas y todo, no carecen de realidad; pero no se exteriorizan; la *verdad* no se transforma en *realidad*, y todas las atinadas y oportunas divagaciones de Román y D. Martín saliendo á borbotones de sus labios para exaltar más y más el cerebro sugestionado, siendo creaciones literarias muy hermosas y estudios de una psicología profunda, no tienen para el convencimiento del público tanta fuerza como la presencia de Casio y el pañuelo de Desdémón.

Sentiré que la premura con que escribo deje oscuro este punto importante de mi razonamiento, pues igualmente deduzco de aquí el subido precio de la obra literaria y su mayor dificultad para conseguir el objeto que se propone.

Don Eugenio Sellés ha demostrado una vez más su poderpsa fuerza dramática y su genio artístico. La obra de anoche, original y hermosa por muchos conceptos ofrece otra novedad, es decir novedad hasta cierto punto; y casi fuera mejor llamar atrevimiento, á escribir una obra en prosa y verso, como las hicieron Harczenbusch y García Gutierrez en los albores románticos. El verso es rotundo y brillante, la prosa clara y expresiva. Esta convinación, más que el acierto de haber aprovechado en cada circunstancia la forma oportuna, indica talvez la inutilidad engorrosa de ciertos discursos, probando que, cuando se sabe hacer, puede hablarse de una y otra manera en el teatro sin que ni el verso ni la prosa perjudiquen al asunto, sea cual fuere, y en cambio lo realzan siempre. Bien que semejante prueba no era preciso repetirla pues el mismo autor con los versos del *Nudo Gordiano* y la prosa de *Las Vengadoras*, había ya *demostrado* incontestablemente lo que indico.

La señora Contreras y el Sr. Vico interpretaron bien sus papeles de *Lucía* y *Román*; el Sr. Perrín (D. A.) estuvo muy brillante al hacer la relación del acto primero y muy acertado en todo lo demás.

Los comparsas, fueron lo que siempre, comparsas, y los actores que representaron

á Daoiz, Velarde, Ruiz, Castaños y Dupont, dieron á estos personajes una entonación enfática y *declamatoria* que no es el estilo más propio de los héroes. La *grandiosidad* y la *hinchazón* son cosas muy distintas.

Conveniente sería que *bajasen algo de tonos* el cuadro de la jura en el primer acto y el de la entrega de armas en el epílogo.

El público *modernizado*, que desde luego no se siente patriota, pasará mejor por estos trances cuanto menos *importancia* se le dé.

Insisto en que nuestro público está *frío*, más de lo que debiera, y no hay disculpas bastantes para su injustificada indiferencia en ciertos momentos.

Los devotos de buena fe, rezan ante una imagen contrahecha y lloran besando un Cristo informe. Debieran sentir *algo* así los *patriotas* ante un sólo recuerdo, aunque mal realizado estuviera, de nuestra epopeya nacional á principios del siglo nuestro, que se abrió con una venganza gloriosa y se cerrará sabe Dios cómo, si persistimos en alimentar indiferencia tan odiosa.

PALMERÍN DE OLIVA.

## LA LIGA

Todo se le volvía al sacristán de Burguillos ir y venir á casa de los que formaban parte de la *Liga contra las infidelidades*, y sobre todo, no dejaba en paz ni un momento al boticario del pueblo, que era el especialmente encargado de la redacción del reglamento, á pesar de ser muy *leído* el buen Matías, que de corrido daba cuenta de los Evangelios de los cuatro apóstoles y hablaba del Pentateuco con los mismos detalles que de la historia de cualquier familia del pueblo. Pero Matías, que según él mismo confesaba, era «una ardilla», se había encargado de las relaciones exteriores de la flamante Sociedad, dejando al cuidado del boticario el delicadísimo trabajo de redactar el reglamento.

Atento á los menores detalles, veía á unos, convencía á otros y animaba á todos para que con el mayor entusiasmo secundasen la salvadora idea que informaba la *liga*, idea que, en honor á la verdad sea dicho, había nacido, crecido y desarrolládose en el caliente cerebro del sacristán de Burguillos.

\* \* \*

Era objeto principal de la *liga*, velar constantemente por el amenazado honor

de todos los asociados, pues como la *pícarra* inmoralidad todo lo invade (¡hasta Burguillos!), se hacía precisa la adopción de precauciones, nunca suficientes, para contener el torrente devastador de las ideas de libertinaje, por cuya funesta acción, habían dado fruto indebido, además de prohibido, una porción de mujeres del pueblo.

No puedo resistir la tentación, y ahí van los artículos más salientes del documento redactado por el Hipócrates Burguillos.

Artículo. 1.º Se constituye una liga etc.

Art. 12. Nadie aplicará, ni se dejará aplicar motes ni adjetivos, y muy especialmente los de *buen hombre*, *calzonazos*, *Juan Lanas* y otros por el estilo.

Art. 13. En modo alguno se permite en casa de los asociados el uso de la leche de cabras.

Art. 14. Se permite todo linaje de exclamaciones desde el ¡*Ah!* prolongado, hasta....., excepción hecha de la de ¡*Caracoles!*

Art. 15. Queda desterrado del diccionario de refranes castellanos, el que dice: *el bucy suelto*, etc., porque se considerará como grito subversivo.

Art. 16. Los nombres de *Lagartijo* y *Frascuero* tendrán *lagarto*, é implicará la pronunciación de cualquiera de ellos, muerte próxima.

Art. 17. Se pedirá al Ayuntamiento que suprima las corridas que se dan en la plaza de la Constitución por la feria de San Marcos.

Art. 18. También se pedirá á la Corporación municipal, que varíe el día de la feria. Es día aciago.

Art. 99. Será divisa de nuestro pendón, un *besugo en blanco*, lo cual supone que ya estará escamado, y un trozo de Gruyère, por lo de los *ojos*.

Art. 100. Las mujeres de las familias de asociados, no podrán usar *puntilla* en sus ropas blancas. Se creería que era una alusión de la costurera y no estamos para alusiones.

Discutiéndose estaba esto, cuando el sacristán, volviendo la cabeza vió á su mujer más cerca del boticario que lo que el reglamento permitía y exclamó en tono fúnebre:

—¡*Caracoles!* ¡con eso si que no contaba yo!

Las protestas al oír la palabra *¡caracoles!* fueron tantas como socios y el presidente, después de agitar la campanilla, objetó con voz de figle:

—¡Señores, no hay que asustarse! Por fortuna, aún no está aprobado el reglamen-

to y no sabemos si alguno habrá propuesto una reforma por virtud de la cual no apareciese delincuente el boticario.

—¡Pues, digo!—exclamó el sacristán más calmado ante la declaración presidencial— si llego á matar al boticario, meto la pata.

—¡Y que lo digas!—dijo el boticario; estaba pensando en proponer lo que el presidente ha dicho.

—¡Convenido y continúe la discusión!—terminó el presidente en medio de una paz octaviana.

B. FERRER RITTINI.

## ECOS POLÍTICOS

Anoche se reunió en casa del Sr. Pi y Margall el directorio de la unión republicana. Asistieron los Sres. Salmerón, Moya, Esquerdo, Pedregal, Hidalgo Saavedra y Palma.

Los Sres. Muro y Labra no pudieron asistir: el primero por haber marchado á Valladolid á causa de encontrarse gravemente enferma su señora madre, y el segundo en razón de tener que acudir á la Comisión de actas del Congreso.

Se examinaron varios expedientes de constitución de Comités. Se habló del feliz resultado que hasta ahora está produciendo la estadística electoral, y se trató de los muchos vicios de que adolecen las elecciones, ocupándose de la manera de estirparlos.

Se leyó la circular redactada por la ponencia electoral y se levantó la sesión á las doce y cuarto.

\* \* \*

Los posibilistas del Puerto de Santa María se deciden á engrosar las filas de la unión republicana.

A este fin, y autorizados previamente por el Sr. Salmerón, se aprestan á constituir el partido republicano centralista. Hoy probablemente elegirán un comité.

Muchos antiguos monárquicos, amigos del Sr. Peral, se harán también republicanos.

\* \* \*

La cuestión de las actas de Cuba de que ayer venimos hablando, se reduce á lo siguiente, según nuestro colega *El Liberal* que es en este asunto testigo de mayor excepción.

«En la circunscripción de la Habana, que elige seis diputados, lucharon el partido de Unión constitucional y el partido autonomista.

»Los dos partidos tuvieron intervenidas las mesas.

»Fueron elegidos, por el partido de Unión constitucional, los Sres. Vila Vendrell, marqués de Apezteguía, Santos Guzmán y Sagasta (D. Práxedes), y por el partido autonomista, los Sres. Fernández de Castro y Moya.

Ni en las actas parciales, ni en la general de escrutinio, consta *protesta ni reclamación de ninguna clase*.

A pesar de esto, y de que la Comisión de actas dió anteayer dictamen favorable sobre una de las de la Habana, ayer retiró ese dictamen el Sr. Azcárate, porque en las actas todas de la circunscripción que vienen *sin protesta ni reclamación alguna* de los distintos partidos que han intervenido en la lucha, aparece entre once ó doce mil votantes un voto más que electores, en una ó dos secciones.

Cuando en las actas aparecen más votantes que electores arroja el censo, determina el párrafo 4.º del art. 19 del Reglamento del Congreso, que deben clasificarse en el tercer grupo, ó sea como graves; pero el citado párrafo se refiere, sin duda, á las *actas protestadas* por tal motivo y sólo á las *protestadas*, pues de otro modo no empezaría el art. 19 por decir que deben incluirse en el grupo primero, y que son, por consiguiente, limpias las actas que no tengan, como tienen las de la Habana, *protesta ni reclamación alguna*.

Parece que el caso no debía ofrecer duda, tanto más cuanto que no afecta ni poco ni mucho á la validez de la elección; pero el Sr. Azcárate primero y la Comisión después, han sentido respetables escrúpulos y han resuelto, según parece (pues el acuerdo todavía no es oficial), dejar la aprobación de las actas de la Habana, Santiago de Cuba, de Pinar del Río, de Santa Clara, y suponemos que muchas más, todas perfectamente limpias, para el día siguiente al de la constitución del Congreso.

Inútil es decir que esta medida, de un rigor, no por lo excesivo menos saludable, tiene que satisfacer más que á nadie á los que, como nosotros, tanto hemos pedido que la Comisión de actas persiga sin piedad amaños, coacciones y falsedades.

La Comisión empieza bien, muy bien. Veremos cómo acaba.

\* \* \*

Según vemos en el balance del Banco, que publica la *Gaceta*; la plata ha aumentado en dos millones, pero en cambio, la circulación fiduciaria ha crecido en 15 millones.

La prensa ministerial y la subvencionada aprovechará quizá la ocasión para dar

al Banco un estrepitoso bombo, pero la opinión y el país no se dejarán engañar por tales espejuelos.

La situación del Banco y los perjuicios que por ella se irrogan á la nación, no puede ser más grave, y la responsabilidad de la desgracia que nos agobia pesa y corresponde por entero á los consejeros que, además de ser legos en las materias que tratan, sólo se ocupan en aumentar sus intereses y favorecer sus negocios á costa del país.

\* \*

Ayer se firmó una combinación de gobernadores por la que los de Burgos, Pamplona y Murcia quedan en sus puestos, y para Huesca se nombra al diputado provincial de Madrid D. Félix Martín Berganza.

\* \*

Mañana á las dos y media de tarde se reunirá la minoría carlista en el Congreso, presidiendo el señor marqués de Cerralbo, y se acordará la conducta parlamentaria que ha de seguir.

\* \*

El conflicto municipal sigue sin resolverse, y como creemos que ha de terminar por la salida del alcalde, hasta mañana en que se celebrará consejo de Minisiros no conoceremos la solución.

\* \*

Se ha dicho que hoy había firmado la regente la combinación de senadores vitalicios.

---

## NOTICIAS

### Atropello

Ponemos en conocimiento de las autoridades, que ayer nuestro repartidor de las Ventas del Espíritu Santo, fué arbitrariamente detenido por la Guardia civil, á instancias de dos serenos, quienes, al leer el título de nuestro periódico, creyendo, sin duda, que se trataba de un repartidor de proclamas revolucionarias, le mandaron conducir atado.

Protestamos enérgicamente de semejante atropello, y, pedimos, para que la justicia quede en su lugar, el castigo del culpable, sin perjuicio de llegar á otros procedimientos, á fin de que un pacífico ciudadano no se tratado como un bandolero.

Conste así.

### Telegramas

La Agencia Fabra nos comunica los siguientes:

—La huelga de los obreros de Hull, toma un carácter de verdadera gravedad.

—El obrero Berardi que arrojó una piedra al rey de Italia, ha sido encerrado en una casa de locos.

—Continúa la lucha parlamentaria en Servia.

—Los peregrinos húngaros han sido recibidos por el Papa.

La princesa de Gales ha llegado á Ate-  
nas.

---

### Eslava

La segunda parodia de *Miss Helgett*, estrenada anoche en el coliseo del pasadizo de San Ginés, tuvo buen éxito.

Los Sres. Merino y Arnedo han sacado gran partido de la graciosa opereta de Audran, y el público aplaudió con entusiasmo chistes y cantables.

En el desempeño se distinguieron notablemente Sofia Romero y Pepe Sigler.



Mientras se muere de hambre  
el infeliz que trabaja,  
así distraen sus horas  
los padres de nuestra patria,



## GLORIAS FUSIONISTAS

## El cacique



—Al que no me obedezca, le rompo el alma.

## El gobernador



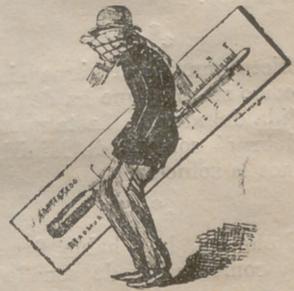
—Pues no se vive mal con el suildecito y las manos... listas.

## El diputado



—Estudiaré actitudes para cuando tenga que votar... no sé hacer otra cosa.

## El contribuyente



Digan lo que quieran los termómetros fusionistas, la política no entra en calor.



Borracho.—¡Sus voy á arrancar la piel!  
¡Sois dos merluzas con sable!  
Un guardia.—Cállese ustéz y nun hable.  
Otro.—Para merluza, la dél

## Para helar la horchata



Única manera de *aprovechar* los discursos que harán en las Cortes nuestros *aprovechados* monárquicos.

## HOMILIA

Oye, lector, la lección que le da en esta ocasión, para subirse á la parra, Don Luis Mariano de Larra á D. Pedró de Alarcón.

Pedro: eres poeta y me arredro al ver que no te haces rico; si quieres serlo, Perico sigue mis consejos, Pedro

Harás en primer lugar un drama de esos de ahora, en que se aflige Teodora sin poderlo remediar

Original... por supuesto... (y esto no lo has de decir) de Shiller, Goete, Shakspeare ó de otro autor indigesto.

Arréglale en un instante, que tú alcanzarás loores si en él bailan los actores sobre la cuerda tirante.

De tu genio con la llama forjale truenos y rayos, y con cinco ó seis desmayos se hace célebre tu drama.

Busea un amigo—no un hombre—de entendimiento raquíptico, que te firme un juicio crítico todo tuyo... escepto el hombre.

Y dí que es tu drama estético, higiénico, parabólico, enigmático, simbólico intruso y peripatético.

Para que todos los días te hagan salir de la escena, reparte entre gente buena veinte ó treinta galerías.

No te asusten alharacas, que con tan buena intención, dirán: ¡bravo! en el balcón y ¡sublime! en las butacas.

Y si á mas tomas café en casa de un director.... Perico, ya eres autor del drama que te indiqué.

Haz después de una zarzuela en que, sin más requisitos, se digan brutos á gritos Luis XIV y Berenguela.

Original....—no te asombres—de Scribe ó de quien pudieras.... y advierte que las mujeres han de vestirse de hombres.

La obra será de más brillo y éxito tendrá mayor si sale Caltañazor en cueros ó con tontillo.

Las zarzuelas serán malas; pero con lo que recibas de tres ó cuatro que escribas, ya no harás más antesalas.

Si alguien de tí se fastidia y tus hurtos manifiesta, sólo has de dar por respuesta: «Señores, eso es envidia.»

Y échate, Pedro, á dormir, al blando y sonoro arrullo de ese indignado murmullo.... porque tú no le has de oír.

¿Qué importa que se disguste el que ve que fama cobras, si sabes que hay en tus obras ajobo, caletre y fuste?

Nada Perico, á robar.... quiero decir, á vivir....! tus dramas harán reír y tus comedias llorar.

Con esto y ser uu borrico, si sigues esta lección,

tendrá vergüenza Alarcón  
de lo que viere en Perico.

Pero en cambio en esta lid  
te hará tu genio diabólico,  
el dramaturgo simbólico  
y el asombro de Madrid.

LUIS MARIANO DE LARRA.

EPIGRAMA

Por una cuesta, Juan Mola  
iba en un mulo subiendo,  
y el pobre se iba escurriendo  
hasta tocar en la cola.

Temiendo bajar rodando  
gritó, ya sin disimulo:  
—Que me traigan otro mulo;  
que este se me va acabando.

Triángulo de palabras

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Primeras líneas: lo que tiene delante el lector.

Segundas: La que tenemos ahora el pueblo español.

Terceras: Una letra.

Cuartas: Es tiempo de un verbo muy corriente.

Charada en diálogo

¿Es un ciervo el hermoso animal que vimos ayer en tu casa de campo?

—¡Cuatro cinco! aunque se le parece mucho, se llama *prima cinco*. El mismo lo *dos tres cuatro* con la docilidad que le distingue.

—Entonces merecía llamarse *todo*.

Espectáculos

ZARZUELA.—A las 8 1/2.—Miss Helyett.

LARA.—A las 8 1/2.—Carranza y compañía.—Los irresistibles.—Los hugonotes.—Segundo acto.

ESLAVA.—A las 8 1/2.—Los Invasores.—Triple Alianza.—Las varas de la justicia.—Miss Grere.

APOLO.—A las 8 y 1/2.—La boda de Serafin (a) El Zapaterin.—La mujer del molinero.—Novillos en Polvoranca ó las hijas de Paco Ternero.—Candidita.

CIRCO DE PARISH.—A las 8 1/2.—Espectáculo el más variado y notable con la célebre Miss Fuller y los aplaudidos clowns Donatos.

CIRCO DE COLON.—A las 8 y 1/2.—Variado espectáculo por la compañía que dirige D. Domingo Rizzareli, tomando parte la familia Briatore, los hermanos Loekffor, y otros números de atracción.—Entrada general, 50 céntimos.

GEROGLIFICO

